

mucho trabajo pudimos echar pié á tierra. La peña granítica, sobre la cual pasámos la noche, es una de aquellas en que los viageros del Orinoco han oído, de tiempo en tiempo, hácia el salir el sol, unos sonidos subterráneos semejantes á los de la música de un órgano: los misioneros llaman á estas piedras *tajas de música*. Nuestro jóven piloto indio, que sabia hablar castellano, nos decia: « Eso es cosa de brujas. »

Nosotros no hemos oído nunca esos sonidos misteriosos ni en *Carichana vieja* (que así se llamaba la peña en que nos hallábamos), ni en el alto Orinoco; pero segun las noticias dadas por testigos dignos de fe, no se podría negar la existencia de un fenómeno que parece depender de un cierto estado de la atmósfera. Los bancos de piedra estan llenos de grietas muy delgadas y profundas; aquellos durante el dia se calientan hasta 48 y 50°; yo he hallado su temperatura en la superficie, durante la noche, de 39°, cuando la atmósfera ambiente estaba á los 28°. Fácilmente se concibe que la diferencia de temperatura entre el aire subterráneo y el exterior, llega á su *maximum* al nacer el sol,

que es tambien el momento mas distante del *maximum* del calor del dia precedente; luego estos sonidos de órgano que se oyen cuando se duerme con la cabeza apoyada sobre la peña, ¿no serian efecto de una corriente de aire que sale por las grietas?

El 12 de abril partimos á las 4 de la mañana: el misionero preveia que tendríamos mucha pena en pasar los *raudales* y la embocadura del Meta. Los Indios remáron sin interrupcion doce horas y media sin tomar otro alimento que yuca y bananos. Durante una distancia de 600 toesas, hallámos el álveo del rio todo lleno de rocas graníticas, á cuyo trecho llaman el *raudal de Cariven*. Pasámos por unos canales que no tenian cinco pies de ancho, y á veces nuestra piragua estaba cogida entre dos peñascos de granito. Se evitaban los pasos en que las aguas se precipitan con un ruido espantoso; y no hay ningun peligro inminente cuando se lleva un buen piloto indio, como teníamos nosotros: si la corriente era difícil á vencer, se echaban los rameros al agua, y ataban una cuerda á la punta de las peñas para remolear la piragua.

Desde Cabruta hasta la embocadura del rio

Sinaruco, sobre una distancia de cerca de 2° de latitud, la orilla izquierda del Orinoco está enteramente inhabitada; pero al oeste del *raudal de Cariven*, un hombre emprendedor, don Feliz Relinchon, ha reunido un lugarecillo con los Indios jaruros y los Otomaques. Este ha sido un ensayo de civilizacion en que los frailes no han tenido ninguna influencia directa, por lo cual es inútil añadir que don Feliz vive en continúa guerra con los misioneros de la orilla derecha del Orinoco.

Remontando el rio, llegámos á las nueve delante del Meta, enfrente al sitio donde en otro tiempo estuvo situada la mision de Santa Teresa, fundada por los jesuitas. Es el Meta el mas considerable afluente del Orinoco, despues del Guaviare, y aun se le puede comparar al Danubio, no por la longitud de su curso, sino por el volumen de sus aguas: su profundidad media es de 36 pies, pero llega hasta 84; la reunion de los dos rios ofrece un aspecto muy imponente.

Pasámos dos horas en una roca que se halla en medio del Orinoco, llamada la *pedra de la paciencia*, porque las piraguas subiendo por el

rio estan algunas veces dos dias para desviarse del torbellino de agua causado por este peñasco. En él pude establecer mis instrumentos. Las alturas de sol me diéron 70° 4' 29" por la longitud de la embocadura del Meta. Esta observacion cronométrica prueba que por este punto la carta de la América meridional de Anville está casi exenta de error en longitud, mientras que el error es de un grado en latitud.

El rio Meta que recorre las vastas llanuras de Casanare, y que es navegable hasta el pié de los Andes de la Nueva Granada, será de la mayor importancia política para los habitantes de la Guyana y de Venezuela. Desde el golfo triste y la boca del Dragon una flotilla puede remontar el Orinoco y el Meta hasta 15 ó 20 leguas de distancia de Santa Fe de Bogota, y bajar por el mismo camino las harinas de la Nueva Granada. El Meta es como un canal de comunicacion entre unos países colocados bajo la misma latitud, pero que se diferencian tanto en sus producciones como la Francia y el Senegal. Esta circunstancia hace importante el conocimiento exacto del origen de un rio tan mal fi-

gurado en nuestras mapas. El Meta procede de la reunion de dos rios que bajan de Paramos, de Chingasa y de la Suma Paz; el primero es el Rio Negro que recibe mas abajo al Pachaquiario; el segundo es el Rio de Aguas Blancas ó Umadea, cuya reunion se verifica cerca del puerto de Marayal: desde el paso de la Cabulla, en que se deja el Rio Negro, hasta la capital de Santa Fe, no hay mas de 8 á 10 leguas.

Desde los lugares de Xiramena y Cabullaro hasta los de Guanapalo y Santa Rosalia de Cabapuna, sobre una largura de 60 leguas, estan las orillas del Meta mucho mas habitadas que las del Orinoco. Hállanse catorce establecimientos cristianos en parte muy populosos; pero desde los desagües de los rios Panto y Casanare, en un trecho de mas de 50 leguas, está el Meta infestado de Guahivos salvages. A fin de contener las excursiones de estos Indios, habian formado los capuchinos que sucedieron á los jesuitas en el gobierno de las misiones del Orinoco, el proyecto de fundar una ciudad á la embocadura del Meta, bajo el nombre de la *Villa de San Carlos*; mas la pereza y el temor

á las fiebres tercianas, se han opuesto á la ejecucion de este proyecto, de modo que de la *Villa de san Carlos* no ha existido otra cosa que unas armas pintadas en un gran pergamino y una enorme cruz plantada en la orilla del Meta. Los Guahivos, cuyo número, segun dicen, se eleva á muchos millares, se han hecho tan insolentes, que á nuestro paso por Carichana habian hecho decir al misionero que vendrian en balsas á quemarle el pueblo.

Desde la embocadura del Meta nos pareció el Orinoco mas libre de escollos y peñascos; navegámos por un canal de 500 toesas de ancho, sin que los Indios tuviesen que atoar la canoa, ni que empujarla á brazos, fatigándonos con sus gritos salvages. Ya era noche cuando nos hallámos frente el *raudal de Tabajé*, y no queriendo los Indios arriesgar el paso de la catarata, nos acostámos por tierra en un parage sumamente incómodo, sobre un banco de roca inclinado de mas de 18°, que abrigaba en sus quebradas una multitud de murciélagos. Toda la noche oímos de muy cerca los gritos del jaguar, á los que contestaba nuestro perro con

ahullidos prolongados. Yo esperaba las estrellas, pero en vano, pues el cielo estaba de una oscuridad espantosa; el ruido sordo de las cascadas del Orinoco contrastaba con el de los truenos que resonaban á lo lejos por la parte de las selvas.

El 13 de abril muy de madrugada pasámos los raudales de Tabajé, y desembarcamos de nuevo: El padre Zea, que nos acompañaba, quiso decir la misa en la nueva mision de San Borja, establecida dos años antes, en la cual hallámos seis casas habitadas por Guahivos no catequizados, que en nada se diferenciaban de los Indios salvajes. Aquí observé nuevamente, así como entre los Salivas y los Macos, la poca uniformidad que ofrecen las facciones de los Indios del Orinoco. Su mirar es sombrío y triste, sin dureza ni ferocidad. Aunque no tenían ninguna noción de las prácticas de la religion cristiana, pues que el misionero de Carichana no celebra la misa en San Borja sino tres ó cuatro veces al año, se comportaban en la iglesia con el mayor recogimiento y decencia. Los Indios aman la representacion y se someten al mo-

mento á cualquier sujecion con tal que esten seguros de atraerse las miradas. Al tiempo de la comunion se hacian señas para anunciarse que el sacerdote iba á llevar el caliz á sus labios; fuera de este gesto, estuviéron siempre inmóviles y en una apatia imperturbable.

Esperáron estos Guahivos la noticia de nuestro regreso del Rio Negro por el Casiquiare, y cuando supieron que habíamos llegado á la primera catarata grande, que es la de Atures, se desertáron todos, y se huyéron á las sávanas al oeste del Orinoco. No hay una tribu más difícil de fijar al suelo que los Guahivos; mas quieren alimentarse con pescados podridos, escolopendras y gusanos, que cultivar un pequeño terreno: así los otros Indios proverbialmente dicen que un Guahivo se come todo lo que existe dentro y fuera de la tierra.

El tormento de los mosquitos aumentó cruelmente á pesar de la disminucion del calor; jamas habíamos sufrido tanto como en San Borja; no se podia hablar ni descubrir la cara sin que viniesen insectos á la boca y á la nariz. Nosotros extrañámos que no estuviese el termó-

metro á 35 ó 36°, pues la extrema irritacion de la piel nos hizo creer que el aire estaba abrasado. Pasámos la noche en la playa de Guaripo: el temor de los peces caribes nos impidió bañarnos, y no menos el de los cocodrilos que en aquel dia los habíamos visto de una magnitud extraordinaria, de 22 á 24 pies.

El 14 de abril nos obligaron las picadas de los zancudos á partir á las cinco de la mañana; hay menos insectos en el manto de aire que reposa inmediatamente sobre el rio que cerca del borde de la selva; detuvímonos para almorzar en la isla de Guachaco, y despues de haber pasado la boca del rio Parueni, mas allá del cual habitan los Indios, macos pasámos la noche en la isla de Panumaná. Es muy rica en plantas esta isla, y en ella se encuentran de nuevo aquellos peñascos desnudos, aquellos grupos de melástomes, aquellos bosquecitos de arbustos cuya mezcla nos habia admirado tanto en las llanuras de Carichana.

CAPÍTULO XX.

Embocadura del rio Anaveni. — Pico de Unania. — Mision de Atures. — Catarata ou raudal de Mapara. — Islotes Surupamana y Virapuri.

Una cadena de montañas graníticas atraviesa el rio Orinoco, dirigiéndose del mediodia al norte, y estrechándose dos veces en su curso, se estrella con estrépito contra las rocas que forman gradas, cascadas y diques transversales. Nada hay mas magestuoso ni mas imponente que el aspecto de estos lugares: ni el salto de Tequendama¹, ni las grandes escenas de las Cordilleras, han podido disminuir la impresion que produjo en mí la primera vista de los raudales de Atures y de Maipures. Posicionándose cualquiera en una eminencia capaz de abrazar á la primera ojeada esta serie continua de cataratas, este mantel inmenso de espuma y vapores, esclarecida por los rayos del

¹ Cerca de Santa Fe de Bogota.